El jardinero y la poesía

Él investiga, analiza, estudia, rastrea, recorre... LUIS VALLEJO es exhaustivo con los paisajes que proyecta, con un respeto casi místico por el lugar donde se encuentran y esa mirada poética que bien podría sintetizarse en un haiku.

—Isabela Muñoz Ozores.

Perspectiva

El jardín se integra con el paisaje mediterráneo en esta finca de Mallorca. © Miquel Tres.

En la otra página, Luis Vallejo en el hotel Royal Mansour de Marrakech, una de sus obras más importantes. © Álvaro Felgueroso

¿Dónde termina el jardín y empieza el campo? Un ejemplo de integración es este jardín particular en St. Tropez, La Provenza, que fue realizado en un espacio protegido (foto de arriba) © Luis Vallejo. Abajo, detalle del hotel Royal Mansour, en Marrakech. "Un proyecto que te llega una vez en la vida", donde diseñó el jardín y el maravilloso huerto que linda con la muralla, y ahora se encuentra en la tercera fase. © Luis Vallejo.

Aunque su obra abarca todo tipo de jardines, Luis Vallejo reconoce que sus inicios están muy relacionados con los de campo, como el de la foto superior, realizado en Albacete, que es, principalmente, un jardín de jaras. © Miquel Tres. En la foto inferior, detalle de su proyecto para el hotel Royal Mansour donde se ve el estanque con una piedra central que genera música cuando el agua se desliza por la superficie. Ellas, las piedras, son otra de sus pasiones: las elige en la cantera y las modela para que, al final, también funcionen como esculturas. © Luis Vallejo.

Lo urbano

Las cifras de su jardín en la Ciudad Financiera Grupo Santander son faraónicas: 50.000 m² de cubiertas ajardinadas, 1.220 olivos (muchos milenarios), más de 7.000 m² de lagos ornamentales... © Roland Halbe.

Desde una barca, un barranco o lo alto de una muralla, Luis Vallejo escudriña el paisaje que va a transformar sin robar su esencia. Porque él se considera uno más de la naturaleza, sin derecho a lastimarla ni a imponer un criterio que la agreda. Y esa es una de las razones por las que en cada fragmento de tierra ajardinada en el que interviene, aspira a conservar su ADN: "Busco el valor principal del lugar, llámale *genius loci,* duende, como quieras; pero si estoy realizando un proyecto de urbanización y paisajismo en La Argania (Agadir), necesito utilizar los árboles del Argán, respetar el contenido botánico de la zona, los colores de la tierra; en la huerta del hotel Royal Mansour (Marrakech) tendrán cabida naranjos, olivos, aljibes, palmeras datileras...".

Es un enamorado de la naturaleza desde donde alcanza su memoria, cuando jugaba entre los arces o escalaba los cerezos del vivero que tenía su padre en la Vega del Henares. "Vino a Madrid después de la guerra; vendía frutales porque la gente, en ese momento, quería plantar variedades para alimentarse. Poco a poco desarrolló el vivero, introdujo muchas especies de jardinería que se plantan hoy día, trajo injertadores de Alemania... era buen horticultor y arboricultor. A finales de los años 60 se fue a un congreso a Estados Unidos sobre máquinas de hidrosiembra y volvió con una". De hecho, sería su padre quien instauró en España los criterios de plantación en autopistas (esas adelfas...). Pero también quien provocó en Vallejo, a los 14 años, una pasión que aún hoy mantiene: "Trajo libros sobre el jardín japonés y los bonsais de Saburo kato; me pareció algo mágico". De ahí arrancaría una afición plasmada en el museo de bonsáis Luis Vallejo (Alcobendas) y un reconocimiento histórico: *la Orden del Sol Naciente, Rayos de Oro y Plata* por parte del Emperador del Japón. Un hito en Europa. "Los que hacemos cosas inútiles se consideran allí como obras de arte vivientes", bromea.

Así, la obra de Vallejo puede tener la poesía de un breve Haiku y la máxima de Lampedusa "Cambiar todo para que nada cambie". Es capaz de intervenir en la arquitectura de una urbanización para devolver a los barrancos su *oficio* de pulmones verdes y desagües naturales lejos de las viviendas, o darle nueva vida a un arroyo al que bautizaron *De los Jabalunos,* porque las piedras grises que usaron parecían el reflejo de la luna sobre el lomo de los jabalíes. Ha realizado obras faraónicas como la de la Ciudad Financiera del Banco de Santander: "Proyectamos casi 50.000 metros cuadrados sobre cubierta porque el arquitecto, Kevin Roche quería un aislamiento térmico que también funcionara como jardín. Aparte de la resolución técnica, le di un contenido que sólo se veía desde el cielo". Pero no desdeña espacios reducidos como la instalación del BBVA en la Castellana, de apenas 200 metros: "Resultó más complicada que un jardín de 14 hectáreas".

Es experto en ejecutar una transición entre el paisaje digamos "creado" con el silvestre, de manera que una jara sembrada se encontrará con otra espontánea camino de la dehesa. Pero Vallejo siente, ante todo, una debilidad por los jardines japoneses: "La organicidad de los espacios, esas perspectivas cruzadas indirectas. No tienen nada que ver con los barrocos, por ejemplo, en el que se muestra y se impone el dominio del hombre, con un diseño tan recto, tan ordenado".

Distingue entre jardines participativos y de contemplación: "Yo prefiero aquellos en los que el hombre es actor, como los que hay en la Villa Imperial Katsura (Tokio) con lugares a donde dirigirse: la casa de té, el puente que hay que cruzar... la arquitectura y el jardín se funden en un único paisaje. Los de la Alhambra son otro ejemplo de pertenencia al lugar. En el lado opuesto están los jardines de Aichi, que son cuadros para contemplar desde un ventanal interior".

¿Cómo es su jardín perfecto? "Dijo Daisetz T. Suzuk (famoso filósofo japonés del siglo XX) que "la belleza no tiene por qué implicar perfección". La obra imperfecta, inacabada, permite al espectador participar y encontrar su camino. El otro día me preguntaban cómo eliminar las malas hierbas, y respondí que no hay que eliminarlas, sino favorecerlas porque le da naturalidad al conjunto".

Vale, le damos un poco de margen para la frase esnob y volvemos a algo tan prosaico como un presupuesto: "Hay veces que los clientes dudan en invertir el dinero en un jardín porque consideran que podría destinarse a mejorar otra zona de la casa. Curiosamente los más beligerantes, te llaman un año después de plantar para

"Mi jardín no es tan grande como quisiera. Tengo un hayedo, muros de encinas, una piscina con el fondo de granito y un pinar. Según mis hijos pequeños, es penoso porque no hay un centímetro de césped para jugar al fútbol"

confesarte que es el dinero mejor gastado por la felicidad que le ha transmitido. Un jardín no sirve para nada, sólo es alimento del alma". (¿Le parece poco?)

Pero ese alimento requiere un equilibrio, ¿cómo se encuentra?: "El jardín tiene tres estratos. A los japoneses les gusta hablar de *el Cielo, el Hombre y la Tierra.* El primero lo representa esa bóveda que son los árboles, que te recogen y protegen desde su altura; luego el *Hombre* sería lo que está al nivel de nuestra mirada: árboles bajos y arbustos; y terminan con la *Tierra* que alude a las capas bajas. Los tres tienen que funcionar en cuestión de volumen, color, floración, clima... En el estudio nuestros pilares son los árboles, alrededor de ellos colocamos el estrato del hombre. De todas maneras, aunque prevengas cómo y hacia dónde va a crecer, siempre te sorprende, salvo si el jardín es muy estático, muy controlado. A veces de repente descubro que la luz atraviesa una almena y alcanza la acequia sin haberlo planeado y pienso: "Uy, ¡qué bien me ha quedado, ni que lo hubiera trabajado con un sextante!"

La libélula, tan popular en Japón, también lo es en el animalario de Vallejo: "Es mágica. Recuerdo la cara de emoción de mi hija pequeña cuando un grupo de estos insectos se cruzó en nuestro camino. Parecía que estaba sumergida en un cuento". Y refuerza la anécdota con un haiku en el que el discípulo del poeta Basho dice: "¡Libélulas rojas!/Quítales las alas/ y serán vainas de pimienta". A lo que el maestro responde: 'No. De ese modo has matado a la libélula. Di: ¡Vainas de pimienta!/Añádeles alas/y serán libélulas".

Paisajistas como Burle Marx, Shodo Suzuki, Lawrence Halprin o César Manrique se encuentran en su lista de favoritos, pero hay un artista que define como su gran referente: Isamu Noguchi. "Era coreógrafo, paisajista, escultor, diseñador de muebles... Me encantaría ser capaz de realizar tantas cosas con tan buenos resultados". También comparte con Noguchi la afición por las piedras: "Buscaba las idóneas, las cortaba, las taladraba, las pulía... y yo intento seguir ese camino". De hecho, como un escultor *Land art,* Vallejo coloca muchas de sus rocas en puntos estratégicos del paisaje. Tan estratégicos que, en ocasiones, las piedras se transforman en instrumentos musicales: "Si las instalo flotantes en el estanque no sólo producen reflejos en el agua, sino que cuando el líquido se desliza por ellas, se produce una resonancia sutil".

¿Cómo es el jardín ideal? Viajamos al pasado, a los persas y a su patio cruzado por acequias que representan ríos que desembocan en la fuente central. "En cada esquina, un naranjo. En su lenguaje sería el *Bustán* (lugar donde huele bien), un huerto aromático que representa el Edén. Función, forma, religión y simbolismo. Todos los sentidos están representados".

¿Hay una hora mágica para contemplar el jardín? "Al atardecer, con la luz declinada del invierno. Quizás uno de los momentos más emocionantes de mi vida los viví un final de otoño en el hayedo de Irati. Contemplar el sol de la tarde sobre el manto dorado de las hojas fue un momento insuperable".

En el momento de esta entrevista, el jardín del estudio está agostado y no podemos ver el suyo privado. ¿Cómo es? "No tan grande como quisiera. Tengo un hayedo, muros de encinas, una piscina bonita con el fondo de granito y un pinar que estaba cuando compré la casa y respeté. Según mis hijos pequeños, es penoso porque no hay un centímetro de césped para jugar al fútbol". T

Sus amados bonsais

Pronto verá la luz su libro de Bonsáis, páginas de extraordinaria belleza donde cada foto irá acompañada de un haiku, un poema o un texto del propio paisajista. La realidad es que en su **Museo del Bonsái Luis Vallejo,** se resume la pasión que le ha acompañado desde los 14 años. Merece la pena adentrarse en este bosque de más de 200 ejemplares con nombres tan poéticos como el de *Mil pájaros color melocotón. (Av. Olímpica s/n. Arroyo de la Vega. 28701 Alcobendas. Madrid).* © Fernando Maquieira.